



El Padre Eterno considera así que su humilde esclava comparta la victoria con Jesús, Rey y Redentor

“La semejanza de la divina Madre con el Hijo divino, en cuanto a la nobleza y dignidad del alma y del cuerpo (porque no se puede pensar que la celeste Reina esté separada del Rey de los cielos), exige abiertamente que María no debe estar sino donde está Cristo”
(San Bernardino de Siena)

“La quinta razón por la que el Sagrado Corazón es el corazón de María es que, en el momento de la Encarnación, ella cooperó con la Santísima Trinidad para formar el corazón humano de Jesús, que se formó de su sangre virginal. La sangre de su santo Corazón pasó al Corazón de Jesús y recibió la perfección necesaria para formar el Corazón del Dios-Hombre. Este divinamente humano y humanamente divino Corazón habitó en el vientre sagrado de María como un horno de amor divino, horno que transformó el Corazón de María en el Corazón de Jesús e hizo a estos dos corazones como un mismo Corazón en una unidad de espíritu, afecto y voluntad.”

“El sagrado Corazón de María estaba, por lo tanto, siempre estrechamente unido al Sagrado Corazón de su Hijo Divino. Ella siempre deseó lo que Él deseó y también aceptó actuar y sufrir para que la obra de nuestra salvación se cumpliera. De ahí que los padres de la Iglesia afirman claramente que la Madre del Salvador cooperó con Él de una manera muy especial en la redención de la humanidad. Es por eso que nuestro sagrado Redentor dijo a Santa Brígida de Suecia, cuyas revelaciones han sido aprobadas por la Iglesia, que Él y Su Santa Madre trabajaron en perfecta armonía, uno corde, por nuestra salvación. De esta manera, el Sagrado Corazón de Jesús es el Corazón de María. Estos dos corazones no son más que un Corazón, que nos fue dado por la Santísima Trinidad y por nuestra Madre Bendita, para que nosotros, los hijos de Jesús y María, no tengamos más que un Corazón con nuestro Padre Eterno y nuestra santa Madre, y que podamos amar y glorificar a Dios con el mismo Corazón, un Corazón digno de la infinita grandeza de Su divina majestad. (El Sagrado Corazón de Jesús, de San Juan Eudes.)

San Luis María Grignon de Monfort nos dice en su libro “Tratado de la Verdadera Devoción a la Santísima Virgen”:

“Tú estás, Señor, siempre con María, y María siempre está contigo y no puede estar sin ti, pues, de otro modo dejaría Ella de ser lo que es; de tal modo está Ella transformada en ti por la gracia, que no

vive, no existe, sino que sólo Tú, mi Jesús, vives y reinas en Ella con más perfección que en todos los ángeles y bienaventurados. ¡Oh! si fuera conocida la gloria y el amor que recibiste, Señor, en esta admirable criatura, se tendrían para Contigo y para con Ella sentimientos bien diferentes de los que se tienen. María te está tan íntimamente unida, que más fácil sería separar a la luz del sol, al calor del fuego; digo mal, más fácil sería separar de Ti a todos los ángeles y santos, que a tu bienaventurada Madre; porque Ella te ama más ardientemente y te glorifica más perfectamente que todas tus criaturas juntas.”
(San Luis María Grignon de Monfort.)

“Ha sido voluntad de Dios que en la obra de la Redención humana, la Santísima Virgen María estuviese inseparablemente unida con Jesucristo; tanto, que nuestra salvación es fruto de la caridad de Jesucristo y de sus padecimientos, a los cuales estaban íntimamente unidos el amor y los dolores de su Madre. Por eso, el pueblo cristiano que por medio de María ha recibido de Jesucristo la vida divina, después de haber dado al Sagrado Corazón de Jesús el debido culto, rinda también al amantísimo Corazón de su Madre celestial parecidos obsequios de piedad, de amor, de agradecimiento y de reparación. En armonía con este sapientísimo y suavísimo designio de la divina Providencia, nosotros mismos, con un acto solemne, dedicamos y consagramos la santa Iglesia y el mundo entero al Inmaculado Corazón de la Santísima Virgen María.” (Carta encíclica de S.S. Pío XII sobre el culto y la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.)

“Todas estas razones y consideraciones de los Santos Padres y de los teólogos tienen como último fundamento la Sagrada Escritura, la cual nos presenta al alma de la Madre de Dios unida estrechamente a su Hijo y siempre partícipe de su suerte. De donde parece casi imposible imaginarse separada de Cristo, si no con el alma, al menos con el cuerpo, después de esta vida, a Aquella que lo concibió, le dio a luz, le nutrió con su leche, lo llevó en sus brazos y lo apretó a su pecho. Desde el momento en que nuestro Redentor es hijo de María, no podía, ciertamente, como observador perfectísimo de la divina ley, menos de honrar, además de al Eterno Padre, también a su amadísima Madre. Pudiendo, pues, dar a su Madre tanto honor al preservarla inmune de la corrupción del sepulcro, debe creerse que lo hizo realmente.”
(Francisco Suarez: In tertiam partem D. Thomae.)